

## **«la transparencia de Dios en el mundo de S. Francisco de Asís»**

Las relaciones entre Dios y el hombre tienen mucho de extraño en muchas ocasiones, sobre todo en relación con el mundo. Cualquiera que haya intentado armonizar a Dios y al mundo se habrá encontrado con diferentes tendencias tradiciones e incluso tensiones. No todo el mundo parece estar de acuerdo en si son compatibles, en si no lo son, o si lo son sólo parcialmente. La tensión Dios – realidad creada puede incluso llegar a hacerse insostenible por la sencilla razón de que no nos podemos zafar simplemente del abrazo de todo lo que nos rodea, al mismo tiempo que sentimos la atracción divina, en parte procedente del mundo, y en parte enfrentada a él.

La tradición cristiana no ha sido una excepción respecto a otros movimientos religiosos y se ha planteado la cuestión con una gran profundidad, pero también con una gran diversidad de soluciones. Cristianos ha habido que vivían en el desierto, o en lo alto de una columna, mientras otros se zambullían sin contemplaciones en las vicisitudes de la vida. Lo único en común de ambas posturas era el deseo de ser fieles a Dios en todo, pero la desigualdad de los caminos seguidos deja planteada todavía una pregunta fundamental: ¿cuál de ellos es mejor? O quizá también: ¿Se pueden unir en un abrazo Dios y el mundo que El mismo ha creado?

Lo más simple sería probablemente responder con una receta, que tiene la ventaja de que sirve para encontrar la medicina, pero que no garantiza que responda a lo que se está buscando. Además, a pesar de los intentos históricos de reducir los caminos de Dios a unos cuantos nada más, parece por el contrario que son mucho más numerosos y variados de lo que podría parecer a primera vista. De ahí la conveniencia de asomarse por lo menos a algunos de ellos para dar a Dios la posibilidad de mostrarnos por dónde podría ir el nuestro.

S. Francisco de Asís fue dócil a los impulsos interiores que Dios le fue comunicando y de esta manera encontró su camino hacia Dios, ni totalmente igual ni totalmente distinto a los caminos de los que lo habían precedido en la fe. Ellos le ayudaron a encontrar el suyo de la misma manera que él nos ayuda a nosotros a encontrar el nuestro. Con la particularidad de que Francisco de Asís es uno de los casos más notables en el intento de conciliar la realidad de Dios con la de su obra creada. Por eso nos vamos a adentrar en sus vivencias siguiendo sus pasos con la esperanza de encontrar a Dios en todo lo que Francisco nos muestre.

### 1. Su persona y sus reacciones

No pretendemos hacer una biografía; solamente algún esbozo de su personalidad. Francisco, todavía joven, cae en una enfermedad que le ayuda a ver las cosas de modo distinto a como lo había hecho hasta entonces. Una vez curado nota que la belleza de la naturaleza está vacía, no le dice nada, y empieza a comprender que eso solo no es digno de la estima en que lo tenía<sup>1</sup>. Este detalle nos orienta sobre la raíz de su estima posterior a esa misma naturaleza. No es en ella misma en la que se recrea. Lo creado tiene en él la función de ser puente hacia algo, o mejor, hacia Alguien.

Cuando sus amigos le preguntan por sus planes, responde con evasivas. Únicamente dice que ha encontrado un tesoro<sup>2</sup>, que no irá a combatir a la Puglia, como tenía pensado, sino que se va a desposar con la mujer más noble, bella y sabia en que se pueda pensar<sup>3</sup>. Cuando decide huir de su padre y ocultarse en una cueva para que no le encuentre experimenta una felicidad desconocida para él hasta entonces<sup>4</sup>, y esta felicidad no desaparece aunque el padre lo encierre y lo maltrate<sup>5</sup>.

El reencuentro posterior con todo lo que ha dejado viene precedido por un gesto que lo dice todo sobre su elección: cuando su padre lo conmina a que renuncie a sus bienes se queda totalmente desnudo ante el obispo, que lo cubre con su manto comprendiendo lo que significa la actitud de Francisco<sup>6</sup>. Empieza a sentirse ciudadano del mundo; no tiene nada, y por eso mismo todo empieza

(1) T. DE CELANO, *Vida Primera*, pág. 143. En relación con esta nota y las demás que sigan, hay que advertir que los documentos citados se encuentran reunidos todos en un volumen, y que la paginación corresponde a ese volumen conjunto, no a cada obra por separado. El volumen en cuestión es: JOSÉ A. GUERRA, *San Francisco de Asís (Escritos. Biografías. Documentos de la época)*, B A C, Madrid 1978.

(2) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 145.

(3) T. DE CELANO, *Vida primera*, págs. 145-146.

(4) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 147.

(5) T. DE CELANO, *Vida primera*, pag. 148.

(6) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 150.

a ser suyo. Italiano hasta la médula, cuando está alegre canta en francés, que es su lengua materna. Empieza a ver a Dios en la gente, sobre todo en los más necesitados, y no tolera que se desprecie a nadie por ser imagen de Dios, ni que se maldiga a ninguna de las criaturas por proceder de sus manos. Venera incluso los escritos de los paganos, porque considera que lo bueno que hay en ellos no pertenece a los paganos mismos ni a otros hombres, sino a Dios, de quien procede todo bien<sup>7</sup>. Hasta tal punto se identifica con la obra de Dios que no se considera digno de disfrutar de la gloria futura si no la comparten con él todos los que lo rodean<sup>8</sup>.

## 2. Ve a Dios en todo y en todos

La primera vez que él recuerda que se le manifestó Dios inesperadamente fue a través de los leprosos, en donde encontró dulzura de alma y cuerpo, según sus propias palabras<sup>9</sup>. Los templos le atraían como recuerdo de su Señor. La Iglesia y sus sacerdotes le producían el mismo efecto; los teólogos gozaban de toda su estima como vehículos de la palabra de Dios, de su espíritu y de su vida<sup>10</sup>.

Por este modo de mirar que trasciende las apariencias, cuando se constituye la fraternidad de sus compañeros desea tener por señor a sus superiores, porque los considera realmente como tales. En realidad, como en todo lo demás, es Jesús quien se está transparentando en ellos y quien lo está animando a someterse. No hay otras consideraciones de utilidad o de organización de la fraternidad. Y este respeto y cariño se extienden a la Iglesia romana, a sus prelados y a sus clérigos, por la misma razón, porque son parte del testamento de su Señor Jesús y desea amarlos como El los ama<sup>11</sup>.

Y como Jesús amó la pobreza, Francisco la personifica y la ama, y la recomienda como compañera inseparable en su última voluntad a Santa Clara:

«Yo el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y estad muy alerta para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea»<sup>12</sup>.

(7) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 191.

(8) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 330.

(9) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Testamento*, págs. 121-122.

(10) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Testamento*, pág. 122.

(11) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Testamento de Siena*, pág. 125.

(12) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Ultima voluntad a Santa Clara*, pág. 128.

Francisco se empeña en desposarse con la pobreza. Se ha enamorado de ella y con ella lo deja todo. Cambia las riquezas por el ciento por uno de Jesús. Aun así, donde ve a alguien que necesita de algo que él pueda tener se lo dará, animando en ocasiones a quien lo acompaña para que haga lo mismo si ve que con lo suyo no remedia una necesidad, como en el caso de una anciana a la que no le bastaba con el manto que le dio Francisco. Este animó a su compañero a que regalara el suyo también para que no pasara necesidad una hermana del Señor<sup>13</sup>.

Considera un auténtico robo no dar lo que posee a otra persona más necesitada que él por la conciencia que tiene de que ésa es la voluntad de Jesús y llega a vender un libro del Nuevo Testamento para ayudar económicamente a una anciana necesitada, ya que el libro sería así más útil que si se leyera en él<sup>14</sup>. No cabe duda de que en Francisco la huella sagrada de Dios en el mundo está en las personas, y la consagración de las cosas pierde su sentido cuando alguien las necesita en forma distinta al destino «santo» que se les ha asignado.

### **3. Cariño hacia todo lo que le manifiesta a Dios**

El cariño hacia Dios y de Dios se le transparenta sobre todo a través de las personas concretas, sin necesidad de estar adornadas de facultades o virtudes que las hagan especialmente valiosas. Por eso trata a todos con cariño sin temor a las interpretaciones que otros puedan dar a algunos de sus gestos. Una noche uno de los hermanos con los que vive grita que se muere de hambre y Francisco le lleva comida y se pone a comer con él para no dejarlo en evidencia<sup>15</sup>. Otro hermano está enfermo; necesita comer uvas pero está inapetente. Se lo lleva a una viña, se sientan juntos, y se pone a comer uvas para animarlo a hacer lo mismo<sup>16</sup>.

Pero donde este afecto se exalta es cuando alguien ha sido para él vehículo especial de su comunicación con Dios. Sus sentimientos se expresan con especial ternura, sin miedo a malentendidos por parte de otros. Ejemplo de esto es la Bendición al hermano Bernardo, el primer compañero que le dio el Señor en la fraternidad:

«Escribe tal como te dicto: El primer hermano que me dio el Señor fue el hermano Bernardo, y también el primero que comenzó y cumplió perfectísimamente la norma de perfección del santo Evangelio,

(13) Anónimo, *Espejo de Perfección*, pág. 717.

(14) Anónimo, *Espejo de Perfección*, pág. 722.

(15) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 243.

(16) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 331.

distribuyendo todos sus bienes a los pobres. Y por este motivo y por otras muchas prerrogativas, me siento obligado a amarlo más que a ningún otro hermano de toda la Religión.

Y así quiero y mando, en la medida que puedo, que sea quien sea el ministro general, le ame y venere como a mí mismo, y también los otros ministros provinciales y los hermanos de toda la Religión mírenlo como si se tratara de mí»<sup>17</sup>.

No parece tener miedo a que se le «pegue» el corazón a afectos demasiado humanos. Sabe bien que la fuente de este amor es Jesús y por eso lo vive con la misma espontaneidad que su amor a las criaturas animales, vegetales o inanimadas. Todas en su conjunto lo llevan a él y esto le da pie a montar el primer belén viviente que se conoce, en que reconstruye amorosamente la escena del pesebre, mientras se le llena la boca llamando a Jesús «Niño de Bethleem», prolongando el final de la última palabra en forma de balido de oveja, incorporándose a través de esta «criatura» al homenaje de amor del universo a su creador, sin temor a caer en el ridículo, de la misma manera que no lo tiene quien se siente profundamente enamorado a la hora de expresarlo con espontaneidad<sup>18</sup>.

Francisco conserva especial aprecio por los sitios en que Dios se le ha manifestado, y entre ellos por la capilla de Santa María de la Porciúncula. Es un caso extraño en un hombre desprendido de todo. Recuerda a sus hijos lo excepcional del lugar, como sitio de encuentro con Dios, y les ruega que hagan lo posible por conservarlo. Expresamente les pedirá que si los echan por una puerta procuren entrar por otra, pero que no se resignen nunca a que caiga en otras manos. Este encargo encontró eco en los hermanos de su fraternidad y particularmente en un canto a la Porciúncula que se conserva entre los primeros escritos franciscanos:

«Lugar santo, en verdad, entre los lugares santos.  
Con razón es considerado digno de grandes honores.  
Dichoso en su sobrenombre; más dichoso en su nombre;  
su tercer nombre es ahora augurio de favores.  
Los ángeles difunden su luz en él;  
en él pasan las noches y cantan.  
Después de arruinarse por completo esta iglesia, la restauró Francisco;  
fue una de las tres que reparó el mismo Padre.  
La eligió cuando cubrió sus miembros de saco.

(17) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Bendición al hermano Bernardo*, págs. 125-126.

(18) T. DE CELANO, *Vida primera*, págs. 192-194.



este ejemplar, lo mismo que a los demás peces y animales, les recomienda siempre que no se vuelvan a dejar coger<sup>22</sup>.

Da muestras de afecto profundo no sólo por los hombres (sobre todo si padecen necesidad), sino también por los animales de toda clase, sean mamíferos, reptiles, aves o peces y por todas las demás criaturas sensibles o insensibles. Llega a alimentar en invierno a los gusanos y a las abejas para que no padezcan necesidad. Lo mismo hace con las crías de un par de petirrojos que acaban viviendo en familiaridad con la comunidad. No le gusta apagar las lámparas y las candelas. Prefiere que se consuman por sí mismas porque las considera símbolo de la luz eterna. Incluso anda con respeto sobre las piedras, porque recuerda que este nombre (de roca: 1 Cor 10, 4) ha sido aplicado a Jesús<sup>23</sup>.

Lo más sorprendente de todo este comportamiento tan de Francisco, tan franciscano, es que las criaturas parecen querer corresponder a las atenciones que les prodiga y la tradición nos conserva detalles realmente idílicos. Da la impresión de que muchas de las criaturas a las que Francisco muestra su amor sonrían cuando las acaricia, acceden a lo que les pide, u obedecen cuando les ordena algo<sup>24</sup>. Le regalan un faisán cuando está enfermo, sin duda para que se lo comiera. Francisco dialoga con él: «Hermano faisán, alabado sea nuestro Creador», No se lo come. Lo deja marchar, pero el faisán vuelve. Se lo da a un médico para que lo cuide, pero el faisán no come hasta que vuelve con Francisco<sup>25</sup>. Quizá el episodio más conocido sea el del lobo que assolaba la comarca de Gubbio. Francisco sale a su encuentro y lo convence para que no haga daño a la gente del pueblo. En compensación sus habitantes deberán alimentarlo. La gente cumplió y el lobo vivió todavía dos años en el pueblo sin hacer daño a nadie<sup>26</sup>. A un muchacho que iba a vender unas tórtolas se las pide y se las lleva a casa, donde se domestican y alternan con la comunidad hasta que Francisco las despide con su bendición<sup>27</sup>.

Únicamente hay una criatura que escapa a sus cuidados durante la mayor parte de su vida, como tributo a la espiritualidad de su época: su propio cuerpo. Lo trata bastante mal de forma habitual y solamente la reflexión de un hermano le hace caer en la cuenta de que no es conveniente maltratarlo, por ser criatura de Dios, y compañero fiel del espíritu en todas sus andanzas. La verdad es que el aviso llega demasiado tarde, pero aun entonces Francisco sabe hacer honor

---

(22) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 178.

(23) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 325.

(24) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 326.

(25) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 328.

(26) Anónimo, *Floreçillas*, Págs. 838-840.

(27) Anónimo, *Floreçillas*, pág. 841.

a su amor a todo lo que ha salido de las manos de Dios. Dialoga con su cuerpo como si fuera un amigo y le dice: «Alégrate, hermano cuerpo, y perdóname, que ya desde ahora condesciendo de buena gana al detalle de tus deseos y me apresuro a atender placentero a tus quejas». Estas palabras, aunque no tengamos la seguridad de que fueran las mismas de Francisco, pues se nos conservan por sus compañeros, responden al descubrimiento sincero de la injusticia con que había negado a su propio cuerpo lo que concedía gustoso incluso a las piedras del camino<sup>28</sup>.

## 5. Ecologista sensible a la belleza

Francisco ve todo el universo como el reflejo de la sabiduría, el poder y la bondad de Dios. Como consecuencia venera todo lo que ha salido de sus manos y con ello se anticipa a su tiempo en el respeto por esa maravilla que llamamos naturaleza y que constituye un regalo incalculable de Dios a los hombres. Y no solamente mira el mundo como obra de Dios, sino como transparencia suya. Por eso en él es habitual sentir gozo profundo cuando ve el sol, mira la luna, o contempla las estrellas del firmamento<sup>29</sup>. En él desaparece una valoración utilitarista de lo creado, que sólo aprecia lo que existe en la medida en que pueda ser utilizado al servicio de necesidades a cubrir. Le encanta la belleza de las flores y no puede resistir el encanto de su aroma. Cuando entra en contacto con ellas las invita a alabar a Dios, como si se tratara de personas con inteligencia<sup>30</sup>. En él no hay cabida a esa especie de aversión a lo creado que parece apoderarse de algunos cristianos anteriores a su época como condición para encontrarse con Dios. En Francisco es impensable el enfrentamiento entre dos caras de una misma moneda, entre el Dios que siente en su interior y el que se le manifiesta en lo que le rodea.

Para encontrarse con Dios, lo mismo elige los templos que los bosques o la soledad. Y si se tapa la cara con la manga, no es para aislarse del entorno, sino para ponerse a cubierto de miradas indiscretas cuando no se encuentra completamente a solas. Todo lo hermoso que ve en lo creado lo relaciona con su Creador. A través de todo lo que le produce gozo en las criaturas intuye la fuente que les da la vida. Su hermosura es para él la hermosura de Dios, y todo el mundo le parece estar cubierto de las huellas divinas, como reclamamos de amor que lo solicitan desde todos los ángulos de la creación<sup>31</sup>.

Con esta visión de la naturaleza en el corazón encarga a los hermanos que cortan la leña que nunca poden un árbol hasta el extremo de que no pueda

(28) T. DE CELANO, *Vida segunda*, págs. 350-351.

(29) T. DE CELANO, *Vida primera*, págs. 189-190.

(30) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 190.

(31) T. DE CELANO, *Vida segunda*, pág. 325.

volver a echar brotes, para que pueda seguir viviendo. El respeto al árbol no muere ahí. Al encargado de cultivar el huerto le sugiere que deje los bordes sin roturar para que cuando llegue la primavera se llenen de hierbas y flores silvestres que pregonen con su belleza la hermosura del Padre de todo lo que existe. Más todavía: llega a pedirle que dedique una parte de lo cultivado a plantas aromáticas o flores, para que con su fragancia sugieran la vida definitiva en que Francisco espera encontrarse con Dios<sup>32</sup>.

## 6. Familiaridad con la obra de Dios

Francisco es un trovador sistemático de Dios a través de todo lo que lo rodea, tomando precisamente pretexto de todo lo que Dios ha hecho. Todas esas criaturas, compañeras en el viaje hacia el Padre, son invitadas a alabarlo en todas las formas imaginables.

En el valle de Spoleto se acerca a un conjunto de palomas torcaces, cornejas y grajos y los saluda. Como no se van, les dice: «Mis hermanas aves: mucho debéis alabar a vuestro Creador y amarle de continuo, ya que os dio plumas para vestiros, alas para volar y todo cuanto necesitáis. Os ha hecho nobles entre sus criaturas y os ha dado por morada la pureza del aire. No sembráis ni recogéis y, con todo, El mismo os protege y gobierna, sin preocupación alguna de vuestra parte». La tradición de los primeros compañeros nos dice que las aves daban muestras de alegría alargando el cuello, extendiendo las alas, abriendo el pico y mirándolo. Y él, paseando por en medio de ellas iba y venía, rozando con la túnica sus cabezas y su cuerpo. Luego las bendecía y con el signo de la cruz les daba permiso para volar a otro sitio<sup>33</sup>.

En su familiaridad con el mundo exhorta habitualmente a todas las aves, a todos los animales, a todos los reptiles, e incluso a todas las criaturas insensibles, para que alaben y amen al Creador, puesto que comprueba a diario que todo lo creado le obedece al invocar el nombre de Jesús. En Alviano son las golondrinas que arman ruido las que se callan para que él predique a la gente. Francisco les razona en estos términos: «Hermanas mías golondrinas: ha llegado la hora de que hable yo; vosotras ya habéis hablado lo suficiente hasta ahora. Oíd la palabra de Dios y guardad silencio y estad quietecitas mientras predico la palabra de Dios». Se siente movido a la alabanza a Dios ante todo: mieses, viñas, piedras, bosques, campiñas, fuentes, huertos, tierra, fuego, aire. Todas estas criaturas son sus hermanas en la existencia y son invitadas por él a alabar a quien es la fuente de su ser.

---

(32) T. DE CELANO, *Vida segunda*, págs. 325-326.

(33) T. DE CELANO, *Vida primera*, pág. 177.

En el monte Alverna entabla amistad con un halcón que, además de compañero, se le convierte en despertador. Por la noche lo llama para que se levante a orar, pero si está delicado de salud no le molesta. Y por las mañanas acompaña su despertar con su canto. Hasta el sonido de la cigarra le parece melodioso, por recordarle a quien se lo ha dado. A una que canta junto a la Porciúncula la llama y le dice: «Canta, hermana mía cigarra, y alaba jubilosa al Señor, tu creador». Hacen falta oídos enamorados para encontrar melodioso este tipo de canto. Uno de sus dichos era: «Por la mañana, cuando nace el sol, todos deberían alabar a Dios, porque ha creado el sol para nuestra utilidad; por él nuestros ojos ven la luz del día. Y por la tarde, al anochecer, todo hombre debería alabar a Dios por el hermano fuego; por él ven nuestros ojos de noche. Todos, en efecto, somos como ciegos, y el Señor da luz a nuestros ojos por estos dos hermanos nuestros. Por eso, debemos alabar especialmente al Creador por el don de éstas y de otras criaturas de las que nos servimos todos los días»<sup>34</sup>. Esta actitud de alabanza no le disminuye ni siquiera en presencia de la muerte, que para él es la «hermana muerte», a la que da la bienvenida, mientras le dice a su médico: «Ten valor para pronosticar que está vecina la muerte, que va a ser para mí la puerta de la vida». No puede ser desagradable para él la hermana que le va a permitir encontrarse sin velos, cara a cara, con el Padre de todo, incluso de ella misma.

## 7. La alabanza que brota del amor

No es fácil resistir a la tentación de referirse a textos del mismo Francisco o sobre Francisco, recogidos por sus primeros compañeros, pero voy a introducir brevemente dos de ellos, que nos dan con sus mismas palabras la medida exacta del amor a todo lo creado, porque procede de Dios, y del amor a Dios expresado a base de realidades humanas deseadas por él y por cualquier persona con una sensibilidad semejante a la suya. El primero es el Cántico de las Criaturas, muy conocido, pero que no ha perdido ni pizca de su frescura a través de los siglos. Incluso cabría decir que ha aumentado su valor y su fragancia. El segundo es sólo una parte de sus Alabanzas al Dios altísimo. Ambos invitan a ser leídos en toda su extensión.

Todo el primero rezuma admiración por la portentosa obra de Dios, que no suscita en Francisco ningún sentimiento de envidia o complejo de inferioridad, sino la alabanza espontánea de un corazón generoso, que vive fraternalmente con criaturas en apariencia tan poco fraternales como el viento, el nublado o la muerte corporal. De entre ellas destaca al sol, porque alumbraba con la luz de Dios durante el día y al fuego porque lo hace durante la noche. Al sol lo llama señor y al fuego lo considera bello, alegre, robusto y fuerte. Ama la tierra y alaba

---

(34) Anónimo, *Espejo de perfección*, pág. 788.

a Dios por el sustento que proporciona, y por sus flores y hierbas. Alaba a todos los que perdonan porque aman al Señor y saben soportar las enfermedades y las contrariedades. La luna y las estrellas también lo mueven a la alabanza, pero es el agua la que le arranca los adjetivos más sentidos:

«Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil, y humilde, y preciosa, y casta»<sup>35</sup>.

El segundo canto va dirigido todo él a Dios, que para Francisco es: el amor, la caridad, la sabiduría, la humildad, la paciencia, la hermosura, la mansedumbre, la seguridad, la quietud, el gozo, la esperanza, la alegría, la justicia, la templanza, la riqueza a saciedad, el protector, el custodio, el defensor, la fortaleza, el refrigerio. Y acaba con estas palabras:

«Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra fe, tú eres nuestra caridad, tú eres toda nuestra dulzura, tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor, omnipotente Dios, misericordioso Salvador»<sup>36</sup>.

Resulta prácticamente imposible encontrar alguna aspiración humana que quede fuera de las que Francisco pone en Dios como Padre. Todo lo que de noble y hermoso ha visto en el mundo, no sólo ha deseado obtenerlo de Dios, sino que ha sido para él la revelación de cómo debe de ser Dios, por encima de otras presentaciones, más solemnes, o menos cercanas. Porque Francisco ha mirado la realidad con ojos iluminados y ha descubierto entre sorprendido y cautivado que en toda ella aletea el aliento vivo y amoroso del Padre, que oculta y sugiere al mismo tiempo su presencia en toda la obra salida de sus manos.

**A. Navas**

(35) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Cántico de las Criaturas*, págs. 49-50.

(36) S. FRANCISCO DE ASÍS, *Alabanzas al Dios Altísimo*, págs. 25-26.